

La siguiente nota fue publicada en la revista "Gente y la actualidad" del 22 de febrero de 1973. La primera página de la nota falta del original

//

...con indiferencia y esperó mi pedido. "Un desayuno completo", bostecé. **"Vamos a ver. . . ¿A qué llama usted un desayuno completo, caballero?"**, me preguntó zumbona. Le dije que era demasiado temprano para filosofía, y que por otra parte yo conocía muy bien el desayuno completo del hotel. "He parado aquí muchas veces", la aclaré.

Se puso seria, sin llegar al tono sombrío. Después, sin sacar los ojos del reloj de la iglesia de San Francisco, que atrasa tres horas y nadie lo arregla, sentenció: **"Hoy, en Chile, antes de pedir un desayuno completo, hay que averiguar qué ha decidido mandarnos don Salvador. Esa es la incógnita de cada mañana. Un día no hay leche, otro día no hay té, otro día no hay pan, otro día no hay manteca, otro día no hay huevos. Y siempre depende de don Salvador Allende, el presidente de la República"**.

Sobre una de las camas ya están las valijas cerradas. El avión sale a las cinco de la tarde, pero quiero aprovechar las horas que faltan para analizar esa pila de diarios, amenazadora, que parece crecer sola y respirar por sí misma.

Cualquier noticia sirve para empezar. Leo dos títulos en la misma página de un diario de izquierda: "Dirigente del **PN** asesinó a golpes a militante de la **UP**", y "Derechistas balearon y apalearon a 20 jóvenes del partido Socialista". Busco otro, al azar: "Marxistas balean a 2 jóvenes del **PIR**". Y otro: "Carabinero agredido por mujeres de la **JAP**". Pienso que como muestra es suficiente, pero me asaltan otros títulos. **"Salvaje ola de terror desencadena la derecha"; "Brigada marxista asesinó a menor"; "Dirigente Nacional asesinó a golpes y patadas a un obrero"; "Intentaron masacrar a jóvenes brigadistas"; "Un niño de 15 años fue ahora víctima del terrorismo rojo"; "Violencia fascista: iban a fusilar a 20 socialistas"; "Brutal asalto marxista a jóvenes DC en Maipú"; "Olla con agua hirviendo le lanzaron a la cara a simpatizante de la UP"**.

Títulos a nueve columnas, letras inmensas, negras y rojas. Tradicionalmente el periodismo chileno, tal vez con la sola excepción de "El Mercurio", es gritón, sensacionalista. Una característica folklórica, digamos, que en ocasiones encierra una buena dosis de humor. Ahora, sin embargo, después de diez largos días en Santiago, después de haber vivido la calle a fondo día y noche, tengo la sensación de que la realidad supera los desbordes de los grandes títulos. Más allá del reconocimiento oficial (el Ministerio de Interior admitió el saldo de 9 muertos y más de 30 heridos en refriegas políticas en una semana), el clima de violencia y de revanchismo —a izquierda y a derecha— es una realidad directa o insoslayable. Por primera vez hay carteles en la calle que dicen guerra civil. No son otra cosa que carteles, es cierto. Carteles partidarios que hacen su juego a dos semanas de las elecciones. Pero esas dos palabras preocupan. . .

---

Mañana por la mañana estaré en la redacción. La primera pregunta —por supuesto— ya me ronda: **"¿Y.. qué pasa en Chile?"**.

La respuesta no es fácil. Prefiero, entonces, apurar el desayuno (hoy no hay manteca, nadie sabe por qué), y empezar a contar cosas sobre el papel. Cosas, experiencias, frases oídas aquí y allá.

Camilo Fuenzalida, dueño de un taxi último modelo, es un hombre pacífico y trabajador. Subí a su coche en Pudahuel, recién llegado a Chile, y rápidamente me convirtió en su psicoanalista.

**"Estoy preocupado. Mi hija acaba de casarse con un muchacho de 26 años que es jefe telegrafista. Jefe, y gana 3.600 escudos al mes. ¿Usted cree que se puede vivir con eso? Es cierto que mi hija también trabaja, pero la pobre gana sólo el vital, el mínimo: 2.100 escudos (8.400 pesos argentinos viejos). Cuando me enteré de que se casaban decidí regalarles el colchón y me anoté para comprarlo. Sí, desde hace unos meses, para comprar ciertos artículos, sobre todo los artículos de la línea blanca (heladeras, lavarropas, televisores), hay que anotarse con mucha anticipación. Aunque no me crea, me anoté hace tres meses y todavía no me entregaron el colchón. Y los pobres chicos siguen durmiendo en el suelo..."**

Desde luego, conocí muchos Camilo Fuenzalida. A uno, que me llevaba al mercado del pescado, le pregunté: "¿Adónde puedo comprar bujías para mi coche? Necesito varias, y me han dicho que acá son muy baratas". **"Se lo habrá dicho «Bigote» Allende"**, me contestó, casi agresivo. **"En Chile no hay bujías, no hay neumáticos; no hay repuestos de ninguna especie. Vaya a la avenida 10 de Julio, donde están las casas de repuestos, y averigüe"**.

Le pregunté cómo se arreglan los taxistas. **"Con el mercado negro —me contestó—. En el mercado negro, pagando mucho, se consigue de todo. Y el que no quiere aceptar esas condiciones tiene que parar el coche y morirse de hambre. O andar, como muchos, con los neumáticos que no dan más de tanto recapado. . ."**

Antes de llegar paró para cargar nafta. Le pregunté los precios: **"Un escudo con 90 la común y 5,70 la especial (7,60 y 22,80 peses argentinos viejos)**. Le dije que me parecía una diferencia enorme, y estalló: **"Allende puso la especial a 5,70 y explicó que era un precio para los ricos, que los ricos podían pagarlo sin problema. Se olvidó que los taxis, si son nuevos, no pueden usar la común. Embromó a los ricos, pero también a todos los taxistas de Chile, que somos trabajadores"**.

No tuve la precaución de llevar cigarrillos. El segundo día, agotado mi último paquete de negros, salí del hotel y pedí cándidamente rubios de cualquier marca. El del quiosco me miró sorprendido. Recién entonces vi el cartel, casi tapado por una pila de diarios: **"No hay cigarrillos. ¡Y no insista!"**

A partir de ese día, y hasta el último, transité penosamente por todos los quioscos de Santiago. No hay, no hay, no hay. Algunos reciben cigarrillos una vez por semana, entregados por el gobierno, y se convierten en los reyes de la jornada. Desde las seis de la mañana, hombres y mujeres se apostan resignadamente en la cola, que llega a tener dos o tres cuadas, y esperan su turno y su paquete. Su único paquete. Mientras tanto, los diarios opositores denuncian en todas sus ediciones que mientras los chilenos pasan horas en la cola para conseguir un paquete de cigarrillos, en La Habana circulan miles de paquetes de Hilton (chilenos, la marca más difundida) con una leyenda: **"Obsequio. Prohibida su venta"**.

Me pregunto: ¿Cómo saber si esto es cierto? Y después de diez días puedo responderme sin vergüenza: Imposible saberlo. Porque hoy, en Chile, todas las noticias políticas, desde la más trascendente hasta la más nimia, están teñidas de virulencia. No son noticias. Son acusaciones. Son disparos. Es una suerte de terrorismo periodístico cuyo único resultado es la confusión.

Un ejemplo. El mayor drama actual es el desabastecimiento. Desde diciembre último falta de todo. **No hay pan, no hay leche, no hay carne vacuna, el vino es escaso, no hay cigarrillos, no**

**hay jabón en polvo, el aceite —como otros tantos productos— se vende racionado, no hay dentífrico, no hay desodorante, no hay harina, no hay fideos, no hay pollo.** Y la lista es más larga todavía.

¿Cuáles son las explicaciones? El gobierno, la Unidad Popular, la izquierda en general, no admite errores ni merma en la producción. Prefiere denunciar desde sus diarios y canales de TV (controla cinco diarios y los dos canales) que el desabastecimiento se debe únicamente a los acaparadores de la derecha que acumulan mercaderías en sus depósitos y sabotean al gobierno. La derecha, por su parte, desde sus órganos de información, no responde a estas acusaciones: se desvive, en cambio, por detectar a los acaparadores de la izquierda, que también los hay. De este modo, todos los días son descubiertos nuevos depósitos abarrotados de mercaderías. Un balance tranquilo, entre el tumulto de información entre signos admirativos, me lleva a una verdad de Perogrullo, pero verdad al fin: hay acaparadores en los dos bandos, individuos que hacen su negocio personal más allá de preocupaciones ideológicas. Pero es imposible o tonto engañarse. Ni uno ni dos ni diez acaparadores reflejan el problema de fondo. El problema de fondo es que la producción en Chile ha descendido, que la importación de alimentos está aniquilando las reservas oro, y que el gobierno de Salvador Allende, tan preocupado como la oposición por el resultado de las elecciones, no ha tomado todavía una medida concreta para que el país deje de ser una cola infinita de gente desesperada por conseguir medio litro de aceite o un paquete de jabón en polvo.

Tengo algunos datos oficiales. En noviembre de 1970, al terminar el mandato de Eduardo Frei Montalva, Chile tenía una reserva de divisas de 500 millones de dólares. Hoy, febrero de 1973, Chile tiene un saldo negativo de 700 millones de dólares. En 1970 el país importó 150 millones de dólares en alimentos. En 1971, 300 millones. En 1972, 450 millones. Para 1973 tiene previsto importar alimentos por 550 millones de dólares.

Otros cálculos técnicos aseguran que durante 1973 la producción chilena alcanzará apenas al 3 por ciento del consumo total, la cifra más baja de toda su historia, y con un hito más que alarmante: la producción de trigo de 1972 fue exactamente igual a la de 1872. Exactamente igual a la de hace un siglo. Creo que a partir de estos números es posible —en parte— responder a la pregunta: "¿Qué pasa en Chile?"

Un sábado a la mañana entré en la galería España, una de las más modernas de Santiago. Necesitaba comer un bocado rápido, pues tenía una entrevista media hora más tarde, en plena hora de almuerzo.

El local no estaba muy lleno, pero el mozo tardó diez minutos en acercarse, a pesar de mi insistencia. No esperó pregunta ni consulta: "Lo único que tenemos es sandwich de ave y jugo de uva". Le pregunté si el sandwich podía ser caliente. Me dijo que sí, pero me lo trajo frío. Reclamé. Para no tomarse la molestia de volver a la cocina me dijo que no tenían cómo calentarlo. Y me tiró la cuenta sobre la mesa, sin preguntarme siquiera si yo quería otro sandwich, u otro jugo, u otro café (aclaro que el boliche era nuevo, limpio, con pinta suficiente como para atraer a cualquier turista). Comí el sandwich y pedí un café. Me lo trajo mucho después, pero se olvidó el azúcar. Pagué y pedí en vano un vaso de agua.

Me pregunto: —¿Por qué todo eso?

Y me lo pregunto porque no me pasó en ese lugar y con ese mozo, sino en el noventa por ciento de los lugares.

¿Por qué esa agresividad, ese desgano?

No lo sé. Pero trato de imaginarlo. Ese mozo, seguramente, es también el hombre de la cola. El hombre que no consigue cigarrillos ni aceite ni leche. El hombre que tiene sobre sus espaldas y sobre su sueldo el peso de la inflación más formidable que recuerde Chile: 180 por ciento en un año.

Vilma tiene 17 años y hace tres horas que está en la cola del supermercado del barrio Irarrázabal, a quince minutos de auto desde el centro de Santiago. Me pregunta de dónde soy (según ella hablo "raro"), se lo digo. Me pregunta si en la Argentina hay colas.

De pronto me dice algo sorprendente: "**¿Sabes? Yo vengo todos los días a la cola —mi madre no puede, tiene que atender a mis hermanos menores—, pero no vengo a comprar esta cosa o la otra. No. Compró lo que haya. Total, falta de todo. Si llega el camión con aceite, llevo aceite. Si hay leche, llevo leche. Es decir, vivo en la cola, y nunca sé muy bien lo que llevaré a casa...**"

El diálogo tiene pronto espectadores. Mujeres curiosas primero y enfurecidas después.

—**¡No hay azúcar! ¡Diga que no hay azúcar!**

—¿Con qué la reemplazan? ¿Con sacarina?

—**¿Con sacarina? Si tampoco hay sacarina...**

—¿Y entonces?

—**Con miel. Todo sea por los niños. ..**

Gritan contra el gobierno, contra los acaparadores, contra todo.

Vuelvo al centro. En la calle Ahumada, frente a un negocio de artículos para el hogar, discuten dos mujeres. El dueño del negocio acaba de poner un cartel en la vidriera: "**Los televisores están agotados hasta marzo**".

Una de las mujeres sostiene que llegan televisores al país todos los días, y que sin embargo es muy difícil conseguirlos. Culpan, por supuesto, a los acaparadores. El episodio me lleva a hacer algunas averiguaciones. Al asumir el poder el presidente Allende, su gobierno otorgó un aumento masivo de salarios. La izquierda estimó que ese aumento era imprescindible. La derecha lo tildó de irresponsable. El caso es que inmediatamente hubo más capacidad de adquisición, y los sectores medio y proletario buscaron ávidamente, sobre todo, artículos de confort. Eso duró poco. Ni Chile produce esos artículos ni los mercados tradicionales mantuvieron el nivel de exportación que tenían antes de Allende. Ahora no basta tener los escudos necesarios para comprar una heladera o un lavarropas: es preciso anotarse y esperar meses antes de recibirlos.

El turismo repite incansablemente una frase: la vida es muy barata en Chile. Pero aquí se oculta una ficción, y al mismo tiempo uno de los costados más graves de la economía chilena.

La vida es barata, claro. Porque el turista llega al aeropuerto, declara la cantidad de días que permanecerá en el país y cambia los 10 dólares diarios obligatorios por persona que le exigen las autoridades. Precio oficial: 46 escudos chilenos por cada dólar americano (184 pesos argentinos viejos).

La suma es exigua. Con 460 escudos (los 10 dólares obligatorios) es imposible vivir. Una habitación doble en un hotel como El Conquistador (ni pensar en el Carrera o en el San Cristóbal, de la línea Sheraton) cuesta casi 1.000 escudos diarios. En realidad, esos 460 escudos (1840 pesos argentinos viejos) sirven sólo para un almuerzo (dos personas) en un restaurante modesto. Entonces... ¿por qué los turistas insisten en decir que la vida es barata? De acuerdo con estas cifras, vivir bien en Chile no pueda costar menos de 40 o 50 dólares por día y por persona. . .

El milagro se llama mercado negro. El turista tiende sus redes, averigua, corre su cuota de riesgo (cosa que no parece preocuparle demasiado), y compra los escudos que le hacen falta en trastiendas y pasillos que no son precisamente el Banco Central de Chile.

Allí, la sorpresa. O el horror. Porque el mismo dólar que oficialmente vale 46 escudos, en el mercado negro se paga 400 y hasta 420 escudos. Por supuesto, el método convierte al turista que lleva dólares en un potentado.

Pero me pregunto. ¿Esas cifras, por sí solas, no definen el caos económico de un país? Un dólar vale 46 escudos o 420 escudos, según el lugar donde se lo venda.

Una diferencia de casi 10 veces más. . .

Mientras tanto, el gobierno admite que Chile fabrica cada día 60 millones de escudos de circulante. Y entonces sí, la inflación del 180 por ciento empieza a explicarse como un hecho natural y no como un fenómeno.

Y esa cifra inflacionaria, claro, lleva a otra reflexión, o por lo menos a otra pregunta: ¿Cómo es posible que el sueldo vital mínimo de un trabajador chileno sea de 2.100 escudos? (8.400 pesos argentinos viejos). ¿Quién puede vivir con eso?

La respuesta está en la calle. El vino, conectado desde siempre al consumo diario del habitante de Chile, ha sido reemplazado masivamente por la cerveza. Los restaurantes, semivacíos, han optado definitivamente por el menú fijo. Proliferan los bares al paso y las variedades de sandwiches. En la zona de la estación central de ferrocarril, un área de clara marginación social, hay decenas de puestos donde se puede malcomer por 20 o 30 escudos. La noche, salvo algunos reductos turísticos como **El Pollo Dorado** o **Bim Bam Bum** (folklore chileno en el primero y revistas en el otro), ha desaparecido. Los cines ofrecen como novedad películas estrenadas en Buenos Aires hace dos o tres años: **Sweet Charity**, **Por gracia recibida**, **El sol rojo**, **El inspector Max** o las casi arcaicas de James Bond, el agente 007.

A propósito, una anécdota. A medianoche pido un café en el bar Jamaica, en pleno centro. Me traen la taza, el agua caliente, el tarro de Nescafé. Como en todas partes desde que he llegado.

Pregunta: —¿No hay café a la italiana, café de máquina?

Me contestan: —**No, ya casi no quedan máquinas en todo Santiago. Y los que las tienen poco a poco las van liquidando.** . .

Pregunto: —¿Pero por qué?

Me contestan: —**Son antieconómicas. Gastan mucha electricidad. Además, se rompen y no se consiguen repuestos. El café instantáneo rinde más.**

Todo está polarizado. Todo es blanco o es negro. Todo es sublime o maldito. Los matices, los medios tonos, han desaparecido. A lo largo de la Alameda, la avenida principal, la literatura

callejera no tiene otros títulos que el libro rojo de Mao o un folleto que grita desde la tapa "**La mentira del Comunismo**". Nadie pronuncia la palabra diálogo, acuerdo, alianza. El comentario político de los periódicos se basa exclusivamente en el ataque personal y en el insulto con todas las letras. Es posible leer a nueve columnas que Eduardo Frei es espía de los Estados Unidos y que quería vender a Chile para financiar su campaña política, o que Salvador Allende mata al pueblo de hambre mientras deja que los pesqueros rusos y Fidel Castro se lleven gratis todas las riquezas del país.

Rojos y blancos, azules y verdes, salen de noche a pegar carteles políticos. Pero llevan algo más que engrudo, papel y brocha. Llevan cascos protectores en la cabeza y palos en la cintura. Porque saben que la pegatina terminará casi invariablemente en una batalla.

Hace unas semanas la izquierda sufrió un revés: por primera vez en 28 años el marxismo perdió las elecciones internas de la Federación de Trabajadores de la Salud, que agremia a choferes, porteros, empleados subalternos y personal no profesional. Uno, días más tarde el fenómeno se repitió en las minas de cobre de Chuquicamata, que durante tres décadas habrá estado bajo el control sindical de la izquierda: la Democracia Cristiana obtuvo siete dirigentes y los socialistas y comunistas quedaron en minoría. Hoy, sin embargo, a punto de tomar el avión, leo que los diarios del gobierno siguen anunciando la victoria de la izquierda en Chuquicamata.

En la calle crece la guerra electoral. Los panfletos hablan de victorias arrasadoras. Sin embargo, con la cabeza fría y datos elementales, se llega a una conclusión: el 4 de marzo, en las urnas, nadie arrasará a nadie. Los cálculos técnicos dicen que la Unidad Popular (el oficialismo) perderá las elecciones —se adjudicará un 38 a un 40 por ciento de los votos, contra el 60 o 62 de la oposición— y quedará en minoría en el Legislativo. Es decir, Salvador Allende gobernará los cuatro años que aún le restan, pero con una mayoría opositora en las bancas. Un Poder Ejecutivo contra un Poder Legislativo, tensión, intranquilidad y problemas. Casi como ahora. O tal vez peor, porque hay otras cifras que también son concluyentes. A pesar de la desesperada campaña para aumentar la producción de cobre —en definitiva, el arma económica de Chile, típico país monoexportador—, el mineral no ha llovido como el maná. Aumentó, es cierto, dos tercios sobre lo producido en 1970, pero disminuyó en plazas que eran el orgullo del país: Chuquicamata, Potrerillos, El Teniente. Y con un dato que ha creado alarma. En Chuquicamata, donde hoy trabaja un 50 por ciento más de personal que en 1970, la producción ha bajado un 30 por ciento. A esto se suma un factor externo del que Chile no tiene la culpa pero que también le causa serios perjuicios: el precio del cobre en el mercado mundial ha disminuido.

Por supuesto, ni la extrema derecha ni la extrema izquierda quedarán contentas después del 4 de marzo. La primera, porque quiere obtener los dos tercios de los votos para poder acusar a Allende y tratar de destituirlo mediante el juicio político. La otra, porque busca la eliminación del Parlamento y la instalación de una Asamblea del pueblo.

Entre los viejos políticos, los que lo conocen bien a Allende, circula una frase: "**Salvador es un marxista convencido, pero también es un hombre muy ambicioso. Muy ambicioso y muy chileno. Hasta ahora, tratando de buscar el fortalecimiento político de la izquierda, ha descuidado todo» lo demás. Especialmente lo económico. Pero no va a dejar que el barco se hunda del todo para tener contenta a la extrema izquierda. Si es necesario, pactará. Es seguro que pactará**".

Y pactará, en este caso, quiere decir que el presidente, más allá de los fervores y de las banderas rojas, empezará a caminar por un riel chileno que no se parecerá a los modelos chino, ruso o cubano.

El avión ya cruza la cordillera. Chile, esa franja volcánica y compleja, se me esfuma. Mañana habrá nuevas colas, nuevas protestas, nuevos atentados a locales políticos.

Centro de dos horas estaré en Buenos Aires y mañana a las diez de la mañana en la redacción. La pregunta que me harán no deja de rondarme: "**¿Y? .. ¿Qué pasa en Chile?**"

Haré un gesto evasivo y les dejaré estos apuntes sobre la mesa. Estos papeles, nada más que un **collage** de impresiones, de sensaciones, de cosas oídas aquí y allá. Las conclusiones —si es posible sacarlas— quedan a cargo de los que leen. Algunos se detendrán en la anécdota. En las colas, en las quejas de Vilma o de Fuenzalida o en las viejas películas que dan los cines de Santiago. Otros masticarán la batalla de la izquierda y la derecha. Otros decidirán si el problema económico es un síntoma o una consecuencia del problema político.

Yo, más confundido, menos audaz o simplemente sentimental, diré para adentro: "**El reloj de la iglesia de San Francisco, en la Alameda, atrasa tres horas. Cuando vuelva a Chile me gustaría encontrarlo en punto**".

Al reloj. Y también a Chile.